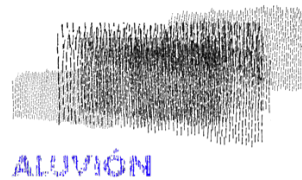


saco 1.0

bienal de arte contemporáneo
contemporary art biennial
antofagasta / chile



texto curatorial

A 30 años de uno de los fines del mundo

A raíz de tres horas de intenso temporal la madrugada del 18 de junio de 1991, el aluvión arrasó la capital del desierto más árido del planeta. El agua enjuagaba la tierra de los cerros desnudos y de nula absorción, hacia las quebradas, arrastrando ríos de barro de hasta dos metros de altura que hundieron Antofagasta. Una capa geológica bruscamente cubrió la otra, anulándola, destruyéndola, sobreponiéndose. Los cerros se vinieron abajo convirtiendo los barrios en arqueología. El siguiente amanecer

descubrió al mundo con una luz radiante: la escena del cataclismo. Según la Biblia, el diluvio fue la herramienta del castigo. Era una manera de callar. En una de esas funcionó, hasta el estallido social, hasta el día en que el cielo se despejó nuevamente. El pueblo perdió la inocencia y levantó la voz con fuerza. De allí vino el apagón global sanitario. Bajó la neblina y lo cubrió todo. Nuevamente se superpusieron las capas, esta vez de resistencia.

Tratando de controlar lo incontrolable, en los tiempos líquidos, los que se aferran a los mástiles terminan bajo el agua. Las ciudades están más vivas que nunca, porque se enferman junto a nosotros, se descuidan, se encierran, se deprimen. Sienten. Después se levantan una mañana con un luto superado, se duchan con la lluvia, se pintan con el sol y se van a bailar. Los tiempos posteriores a las crisis suelen ser los más fértiles.

¿Cómo vivir después de un apocalipsis? El mundo que conocimos terminó, debemos ahora fluir en los tiempos post. Cuando baja la adrenalina y el polvo, ya no queda más campo para el heroísmo. Ahora debemos doblarnos las mangas y sepultar, demoler y desinfectar. Ordenar, eliminar lo que se destruyó, despejando así el espacio para algo nuevo. Contamos las víctimas, hacemos tablas y gráficos. “Para la próxima vamos a estar mejor preparados”, escriben en las redes los que han sobrevivido a algún fin. *Game over*.

Tenemos otra vida. Pasamos al siguiente nivel. Aquí hay otros villanos que aún no conocemos. Hay que perderse, cambiar recorridos, pero no en redes sociales, no en la posverdad, sino en la calle. Solo un encuentro casual, cara a cara, del cual ningún algoritmo sospecha, permite una expectativa real, algo no prediseñado, es el sinónimo de libertad. Y no se trata de reinventarse, porque no somos nuestro propio invento, tampoco un hardware con sistema automático de reiniciar. Hay que demoler el sistema binario de éxito y fracaso que convierte la competitividad del soberbio Antropoceno en el modo de relacionarnos. Prepararse para la lluvia en el desierto. Y no solamente por el cambio climático, que la hace cada vez más probable, sino porque todo es posible si cambiamos el switch. Y si aún lo dudas, mira hacia atrás. El desierto no es sino el mar, con una temporal ausencia de agua.